

Publicaciones gráficas: en torno de sus usos y disputas

Resumen

Este artículo se enmarca dentro de las investigaciones del PID "Ideas y debates en las publicaciones de una década conflictiva. Los sesenta en Rosario", dirigido por la Prof. Myriam Stanley, y expone una tipología posible de los usos generales que se ha hecho de las publicaciones periódicas gráficas desde los inicios de la mediatización. Archivo, documento, testimonio y actor social, los diferentes abordajes en los estudios de sus páginas han permitido acercarse a la sensibilidad político-cultural de una época, proyectar saberes o repensar las funciones de los medios como productores de sentido.

Abstract

This article is defined within the research of the project "Ideas and debates in the publications of a complex decade. The sixties in Rosario", directed by the Prof. Myriam Stanley, and describes a possible typology of the general uses of magazines and journals from the beginnings of mediatization. The different treatment given to these media (as archive, document, testimony and social actor), allowed to approach the political - cultural sensibility of a period and to rethink the functions of the media as producers of sense.

**Mariana Busso
Lautaro Cossia**

**Centro de Investigaciones en
Mediatizaciones (UNR)**

CONICET

mar_busso@hotmail.com

**Centro de Investigaciones en
Mediatizaciones (UNR)**

lcossia@yahoo.com.ar

Palabras clave

publicaciones gráficas,
archivo, testimonio,
historia de las ideas,
sesentas

Keywords

magazines and journals,
archives, testimony,

Introducción

Este trabajo se enmarca dentro de las investigaciones de un proyecto de mayor alcance, que se titula "Ideas y debates en las publicaciones de una década conflictiva. Los sesenta en Rosario (1956-1969)", dirigido por la Prof. Myriam Stanley, el cual tiene por objetivo analizar los posicionamientos que los diversos referentes de la sociedad local dejaron plasmados como huellas en las publicaciones gráficas sectoriales o generalistas del periodo. Su puesta en circulación atraviesa una época signada por el derrocamiento del segundo gobierno de Juan D. Perón en 1955, la posterior proscripción y la paulatina agudización de las luchas políticas y sociales. Las profundas transformaciones producidas por el peronismo y la heterogeneidad de sectores de interés que confluyeron en su caída pronto generaron un dilema que perduraría durante los largos años de tensiones y disputas en el campo político, económico e intelectual argentino: ¿Qué hacer con las masas luego de que su líder fuera embarcado al exilio?

En esa coyuntura, se produce una renovación en el ámbito de las ciencias sociales, con una búsqueda de la jerarquización de la enseñanza y la investigación, y la instalación de nuevos tópicos y expresiones artísticas en el plano cultural. Por su parte, a escala mundial primó la polarización ideológica que caracterizó a la Guerra Fría y la paulatina radicalización de las expectativas de transformación social, convirtiendo al triunfo de la Revolución Cubana en 1959 en una experiencia central de los movimientos sociales y políticos que emergieron en todo el continente americano. Como contrapartida, la Doctrina de la Seguridad Nacional estableció una pauta de intervención estratégica por parte del bloque occidental liderado por Estados Unidos: el enemigo se hallaba dentro de las propias fronteras de los estados nacionales y se requerían todos los esfuerzos y la cooperación militar para erradicar las diferentes tentativas de cambio.

En Argentina, el sucesivo fracaso de los intentos de "desperonización" de la sociedad y la incapacidad manifiesta de los sectores socioeconómicos predominantes para constituirse en instrumento de dominación perdurable favoreció la instalación de un gobierno de facto de características inéditas en 1966. Dicha disrupción institucional fijó tiempos de acción perennes y objetivos estratégicos que requerirían de una intensa represión de los grupos disidentes, preferentemente el sindicalismo combativo y todo estamento social que pudiese estar contaminado con ideas marxistas. Se disolvió el Parlamento, se confiscaron y vendieron los bienes de los partidos políticos, se intervinieron las universidades y se prescindió de decenas de docentes e investigadores, se redujo drásticamente el personal en la administración pública y se llegó al extremo de restringir el uso de minifaldas y el pelo largo, señales inequívocas, para la Iglesia Católica, de la inmoralidad estimulada por el ideario subversivo.

La revuelta estudiantil y sindical producida en Córdoba en el año 1969, el “Cordobazo”, sería un punto de inflexión para este proyecto autoritario, aunque el derrotero político, social, económico y cultural de nuestro país lo convertirían en un preludio de la avanzada cívico-militar de 1976.

Estas breves referencias históricas tienen el único propósito de enmarcar el universo de las ideas que circularon en las publicaciones gráficas seleccionadas para el análisis. De momento, nuestro propósito es hacer una caracterización de los usos generales que se han hecho de las publicaciones gráficas, en tanto archivo y testimonio relevantes de las más diversas coyunturas y actores protagónicos del largo camino de mediatización de la vida social. Es a partir de dicha caracterización y genealogía histórica, y partiendo del estudio de este tipo de objetos comunicacionales, como pensamos acercarnos a la sensibilidad político-cultural de los sesenta rosarinos, explorar las ideas circulantes en la ciudad y proyectar una mirada interpretativa sobre el papel que desempeñaron las diversas publicaciones analizadas.

Breves referencias de archivo.

Establezcamos, como una arbitrariedad histórica que tiene sus razones, que la segunda mitad del siglo XVIII acelera el desmantelamiento de los esquemas de percepción y representación que permitían el ordenamiento divino del mundo occidental. El proceso de secularización que lleva a la Revolución Francesa hace que el proyecto humano baje del cielo a la tierra, por usar una imagen común que se refiere a la paulatina desacralización de las ideas. Paralelamente, el surgimiento del universo científico y técnico, incluidas las nuevas prácticas comunicativas generadas por la propagación de las máquinas tipográficas y las nacientes formas de reproducción y multiplicación de grabados, sirvieron para dejar atrás a los sistemas de comunicación oral y manuscritos pre-revolucionarios y redefinir los espacios de sociabilización y circulación en el que habrían de expresarse las problemáticas político-culturales del siglo XIX. Las ínfulas democráticas que trajo aparejada la idea de la soberanía popular y la puesta en debate de distintos modelos de pensamiento a través de la prensa, los gabinetes de lectura o los clubes facciosos definieron los orígenes de la prensa gráfica como un problema eminentemente político. Aún cuando la aparición de la prensa gráfica no dejó de tematizar cuestiones religiosas y sociales o de difundir los acontecimientos económicos moldeados por el auge mercantil y la expansión mundial de las transacciones comerciales.

Tramado por las luchas independentistas, la expansión del capitalismo y la paulatina y traumática conformación de los estados nacionales, las primeras hojas periódicas cumplieron

un rol protagónico, sea como arma de propaganda oficial, sea como instrumento de lucha política, sea como órgano de difusión de noticias o costumbres urbanas. En tal sentido, el proceso de mediatización, fenómeno que Verón (2011) describe como “la historia de la progresiva complejización de la interpenetración entre los sistemas sociales y los sistemas psíquicos socio-individuales” descrita por Luhmann (p. 22), aparece marcado por el particular desarrollo de los diferentes formas de intercambio, desde el uso de “rústicos útiles de piedra”, en los orígenes mismos del primer fenómeno mediático (Verón, 2013: 171-184), hasta la multiplicidad de dispositivos y tecnologías contemporáneas. Convirtiendo particularmente a la invención de la imprenta en un “momento fuerte” de esta historia, ya que su expansión produjo una paulatina alteración de la actividad económica, social, política y cultural.

En el Virreinato del Río de la Plata existieron experiencias gráficas anteriores a 1810, todas ellas marcadas por la censura y el control de las autoridades de aquél. Pero la proliferación de los órganos de prensa se produjo con posterioridad a la Revolución de Mayo y, tal como señala Wasserman (2009), una doble paradoja acompañó los debates y la reglamentación de la prensa gráfica luego de los acontecimientos revolucionarios. Por un lado, la prensa gráfica era considerada una instancia de legitimación y fundamento de poder que emanaba de la opinión pública, pero al mismo tiempo surgía la necesidad de crear a esa opinión que se consideraba debía ser preexistente. Por otra parte, se suponía que el rol de la prensa era el sostenimiento mismo del orden republicano y de una sociedad civilizada, aunque la elite política siempre asumió la necesidad de controlar el funcionamiento de un nuevo actor político-social que era “*capaz de socavar el poder que ostentaban*” (p. 134; cursiva nuestra).

Percibir al periódico como actor del sistema político es considerarlo como un actor social puesto en relaciones de conflicto con otros actores, y [siendo que está] especializado en la producción y la comunicación pública de relatos y comentarios acerca de los conflictos existentes entre actores de éste y de otros sistemas políticos (Borrat, 1989: 69, cursiva nuestra).

Todo el siglo XIX estuvo atravesado por tensiones y conflictos derivados del principio de soberanía popular, el papel de las mayorías en el sistema político y la regulación de la prensa gráfica. Los nacientes medios de comunicación empezaban a ser un componente decisivo de la legitimación facciosa e instrumentos fundamentales en los modos de organizar el ejercicio del poder político, ya no sólo vinculable a los mecanismos de coacción física o material. De esta manera, las posibilidades que tenía la prensa gráfica de expandir todo tipo de representación simbólica, hacer circular diferentes categorías e imaginarios sociales y promover la censura ética, moral o estética de las conductas sociales, le confieren un papel estratégico en el armado de la escena pública decimonónica.

En términos generales, en Rosario, nombrada ciudad en 1852, dos tipos de práctica periodística pueden reconocerse durante la segunda mitad del siglo XIX. A la primera se la ha calificado como prensa de pares o prensa notabiliar y se define por ser la opinión publicada de un grupo faccioso de la elite rosarina que sirve para expresar el apoyo militante a determinada causa partidaria (Bonaudo, 2005). Mientras que el otro tipo de experiencia gráfica encierra variados intentos de autonomización y una organización de carácter proto-empresarial que buscó irradiar la imagen moderna del ciudadano liberal, aunque no por ello sus páginas dejan ver las modalidades enunciativas y la lógica panfletaria del faccionalismo.

Fue recién en las primeras décadas del siglo XX, con la consolidación del mercado editorial típicamente burgués, también definido como periodismo generalista y comercial, cuando la prensa gráfica, ese signo inequívoco de la modernidad, ganó presencia y amplitud en el armado de la esfera pública: se expandió el universo de temas y géneros, se profesionalizó la práctica periodística y aumentaron las posibilidades tecnológicas de contacto con los lectores, convirtiendo a la fotografía en el principal dispositivo visual ligado a la industrialización del proceso técnico. Entre el nuevo conjunto de posibilidades técnico-industriales pueden citarse el grabado en madera de boj, el grabado sobre acero, el fotograbado y la mencionada fotografía .

El curso de esta breve genealogía de la prensa gráfica, reunida en un amplio y azaroso archivo de publicaciones, ha servido como insumo de la investigación histórica, tal como se presagiaba en las propias páginas de los antiguos periódicos, donde solía editorializarse el legado testimonial que esas mismas publicaciones le ofrecerían a los historiadores del futuro. Diarios y revistas de todo tipo fueron requeridos como fuentes testimoniales para la reconstrucción del pasado, junto con las memorias de los organismos estatales, la correspondencia pública y privada, los documentos diplomáticos, los censos o las producciones estadísticas, ya que como supo plantear Bloch (1952) "sería una gran ilusión imaginarse que cada problema histórico se vale de un tipo único de documentos" (p.56). Sin embargo, y a riesgo de simplificar sus alcances, el uso que la historiografía tradicional hizo de la prensa gráfica fue preferentemente ilustrativo, privilegiando la utilización de los artículos políticos serios, pasando por encima los diferentes tipos de imágenes y desatendiendo las especificidades de los recursos significantes o las materialidades involucradas en la producción gráfica. Es decir, en esos trabajos el material de archivo aparece expuesto como una ventana transparente, concepción que estaba en consonancia con las concepciones analogistas o miméticas del ideario positivista, haciendo de las representaciones mediáticas un reflejo especular e inmediato del mundo circundante.

La necesidad de desmarcarnos de estas concepciones supone asumir que el lenguaje deja de ser, tal como plantea Verón (2007), un espejo “más o menos deformante” del mundo y adquiere un estatuto epistemológico que pone en crisis a la tradición objetivista y, siguiendo a Didi-Huberman (2007)(año) y Carlo Guinzburg (2008), a las visiones más escépticas y nihilistas del llamado giro lingüístico:

El archivo no es ni reflejo del acontecimiento ni tampoco su demostración o prueba. Siempre debe ser trabajado mediante cortes y montajes incesantes con otros archivos (...) Entre los excesos del positivismo y del escepticismo, habría que “aprender a leer” nuevamente los testimonios, sosteniendo la tensión entre narración y documentación. En las fuentes no deberíamos ver ni ventanas abiertas, como creen los positivistas, ni muros que impiden la visión, como dicen los escépticos (Didi-Huberman, 2007: 7-32).

Este desplazamiento convierte a los medios contemporáneos en grandes configuradores de la realidad y exige contemplar las mediaciones formales y extra-formales que condicionan su funcionamiento. El análisis enunciativo, por caso, permite hacer foco en las gramáticas de producción de los discursos seleccionados y pensar las huellas estratégicas que atan el vínculo con los lectores y “las reglas de engendramiento” histórico que marcan su puesta en circulación. De esta manera, los medios no sólo cumplen un rol archivístico o testimonial, sino que conforman documentos que permiten, desde el presente, pensar la renovación de las prácticas culturales y el universo de ideas circulantes en determinado momento histórico (Barbier y Lavenir, 1999).

En tal sentido, la pertinencia de un conocimiento o la posibilidad de comprender un fenómeno dependerá del espacio en el cual se hace intervenir al material de archivo mediático, queriendo decir con esto que el reservorio de los discursos textuales o figurativos que lo conforman exige un orden de lectura preciso. A modo de ejemplos: los avisos publicitarios han servido para caracterizar las pautas de consumo o la moda de una época; de las cartas de lectores puede inferirse cierta sensibilidad social; mientras que la propaganda partidaria o los avisos oficiales permiten seguir el curso estratégico de la lucha política. En nuestro caso, tratándose de un estudio que busca dar cuenta del universo de ideas circulantes en Rosario entre 1955 y 1969, entendemos que la exploración de publicaciones académicas, religiosas, sindicales o partidarias ofrece la posibilidad de recortar un corpus privilegiado para abordar las configuraciones ideológicas locales, amén de que dicho esfuerzo interpretativo deba reconocerse dentro de un proceso histórico de más largo alcance.

Partiendo de estos objetos, con sus formas gráficas, la irreductibilidad de sus lenguajes escritos o figurativos utilizados, su adscripción genérica o la marca temporal de las inflexiones

verbales y estilísticas que presentan, buscamos abrir un horizonte de reconstrucción histórica de las ideas. Dicho esfuerzo analítico asume el carácter fragmentario y provisorio de todo montaje histórico y la necesidad de escudriñar las tensiones que, como huellas, dejan entrever las discursividades sujetas a nuestra interpretación.

Sabemos que los discursos no muestran la irrupción de la subjetividad pura, sino que funcionan como un espacio de posiciones diferenciadas que entrelazan los eventos históricos y la situación comunicativa. Una relación bidireccional en donde lo social moldea al discurso y éste, a su vez, moldea a lo social. Perspectiva que busca evitar tanto el análisis inmanente de las publicaciones como las explicaciones de tipo contextual, que ven a los discursos como simples reacciones ante los hechos de la historia.

Del archivo a un componente de época

Dar cuenta del entramado de publicaciones periódicas que circularon en Rosario en parte de las décadas del 50 y del 60 nos lleva a reconocer el modo en el que la historia y las ciencias sociales han entendido a los medios gráficos. Si consideramos que su proliferación trajo aparejada, a lo largo de su historia, el fenómeno del archivo y que éste inevitablemente entraña una construcción, sin dejar de ser un testimonio (Didi-Huberman, 2007), la elaboración de un corpus supone fijar los límites del reservorio de hechos textuales y figurativos con los que se piensa trabajar (Traversa, 1997). A partir de dicho reconocimiento, nuestra búsqueda pasa entonces por dar cuenta de las opciones teórico-metodológicas que se despliegan en el abordaje de las publicaciones seleccionadas.

Una primera precisión hacía referencia al propósito que persigue nuestro estudio: conocer el rol asumido por diferentes expresiones de la política y de la cultura a través de diversas publicaciones periódicas, y pensar el peso y el lugar ocupado por dichos medios en determinadas tramas sociales, políticas y culturales. Dichos materiales de investigación lejos están de constituir mirillas transparentes o muros que se levantan impidiendo la visión del pasado. Más bien se posicionan como testimonios de lo acontecido y, al mismo tiempo, se constituyen en elementos imbricados en la configuración de esa escena histórica.

En tal sentido, el interés en explorar diarios y revistas rosarinos supone un propósito rector: desentrañar ese pasado de ideas o "reconstruir el ayer", por emplear una expresión de Traversa (1997: 27), con el fin de analizar el espectro de visiones o perspectivas que ofrecen sobre lo acontecido. De este modo, es el abordaje mismo de la historia reciente de nuestra ciudad, la recuperación de los testimonios y los actores de ese pasado cercano, el que se encuentra atravesado por relaciones y formas de conocimiento. En ese punto, el análisis de

las publicaciones nos ofrece la posibilidad de recuperar algunas las visiones y antagonismos de una época resguardada, aunque sea fragmentariamente, en soporte papel.

Son múltiples las teorías y las propuestas metodológicas que tratan los modos de abordar la problemática del archivo, muchas de las cuales trabajan su relación con las políticas de uso y recuperación de acervos literarios y de las vanguardias artísticas. Reconociendo esta profusión, y a los fines de poder introducir la perspectiva desde la cual hemos propuesto el abordaje del corpus seleccionado, elegimos partir de la definición de Michel Foucault (2001), quien va más allá de la noción de archivo pensado como reservorio de documentos o instituciones encargadas de su conservación. Antes que eso, Foucault piensa la delimitación de las reglas presentes en el archivo, las cuales definen los límites y las formas de la decibilidad, de la conservación, de la memoria, de la reactivación y de la apropiación de los enunciados. Es decir, es visto como un conjunto de discursos efectivamente pronunciados, más que como una suma de textos conservados por una cultura en relación a su pasado. En palabras del propio Foucault:

El archivo es en primer lugar lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. Pero el archivo es también lo que hace que todas esas cosas dichas no se amontonen indefinidamente en una multitud amorfa, ni se inscriban tampoco en una linealidad sin ruptura, y no desaparezcan al azar sólo de accidentes externos: sino que se agrupen en figuras distintas, se compongan las unas con las otras según relaciones múltiples, se mantengan o se esfumen según regularidades específicas (Foucault, 2001: 219-220).

El abordaje de las ideas y las conflictividades de los sesenta rosarinos implica de este modo la realización de un recorte de época, entendiendo que dicha categoría define los rasgos de una cesura histórica que marca las condiciones para que surjan determinados tipos de discursos.

Una época se define como un campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento de la historia, más que como un lapso temporal fechado por puros acontecimientos (Gilman, 2012: 36, cursivas de la autora) .

Pensar al archivo desde este punto de vista nos permite aventurar que nuestro trabajo implica ir más allá de los contenidos, intentado vincular el reconocimiento de los discursos y los posicionamientos que han surgido a partir de esa recuperación documental. Sostenemos que es en la propia materialidad significativa de los documentos recuperados donde podremos identificar esos decires propios de una época, así como la gestión de las afectividades, las ideas y los debates que cruzaron una época.

Precisamente, la idea de que los medios gráficos constituyen al mismo tiempo un archivo documental, es decir, lo que los historiadores ven como fuente documental del pasado, “seleccionada y conscientemente escogida, pero también formada de fragmentos que a menudo escapan a la intencionalidad” (Murguía, 2011: 28), nos permite avanzar en la búsqueda y en la conformación del propio archivo. Desde esta perspectiva, el material recopilado emerge o se emparenta con un dispositivo de memoria, proponiendo a partir de aquellos sentidos y respuestas sobre lo que ha sido resguardado. Materialidad que envuelve trazos y fragmentos discursivos de la historia, a partir de la cual es posible producir nuevas conjeturas sobre el pasado mediante la labor interpretativa de aquello que surge de la exploración.

Archivo, por ende, entendido como objeto de reflexión, de estudio y de intervención de acervos documentales. Práctica archivística que implica la recopilación de la documentación y su resguardo, pero también identificar los criterios que hoy nos llevan a desempolvar viejos anaqueles en una cierta operación de custodia, parafraseando a Derrida (2010). Si para este autor francés el archivo implica, al mismo tiempo, “la domiciliación (‘no hay archivo sin un lugar de consignación’), la visibilidad (‘no hay archivo sin una técnica de repetición’) y el reaseguro (‘no hay archivo sin una cierta exterioridad. Ningún archivo sin afuera’)” (Derrida en Gerbaudo, 2010: 39), nuestro trabajo analítico también opera sobre el temor a la desaparición y la necesidad que habría de rescatar aquello que resiste porque permanece, aun cuando no pueda ser decodificado.

La conjugación de estas diversas formas de entender o construir un archivo de publicaciones gráficas nos sugiere partir de los objetos explorados, de su clasificación, sus espacios de circulación y las prácticas que encierra su producción, la discursividad polémica que se desprende de sus textos e imágenes. Es a partir de este recorrido como podremos establecer las recurrencias, los diferentes usos y las estrategias de intervención propias del periodo estudiado. El análisis de estas materialidades, su alcance testimonial y las condiciones que posibilitan su circulación entrecruzan la dimensión significativa de los discursos con las prácticas sociales que acompañan la puesta en circulación de las ideas. Los medios de comunicación, en este caso escritos, son instituciones complejas donde coexisten puntos de vista y registros diversos, aunque la singularidad de los momentos y las características de los discursos puestos en circulación ofrecen la posibilidad de analizar qué representaciones e intereses vivifican las condiciones de enunciación de un pasado que nos llega de manera fragmentada.

Los “sesenta” en Rosario. Una muestra

Dos ejemplos concretos quisieramos rescatar a la hora de mostrar el trabajo con nuestro corpus. Por un lado, el caso de Setecientosmonos, revista del campo literario. Por el otro, la particular intervención del periódico Tradición, Familia, Propiedad (TFP) en una controversia que se generó dentro del campo religioso rosarino a finales de la década del 60, un momento clave en el proceso de radicalización de la sociedad.

TFP fue una publicación facciosa regional que se hizo eco de los debates que se generaron al interior de la curia rosarina, atravesada en aquellos años por discusiones que pusieron en cuestión el papel de la doctrina católica. En tal sentido, la línea pastoral habilitada por el Concilio Vaticano II desarrollado entre 1959 y 1965, la encíclica papal *Populorum Progressio* y el llamado Manifiesto de los 18 Obispos en 1967, el documento de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrado en Medellín (1968) y el surgimiento del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM) en Argentina, conforman una serie temporal que marca la paulatina visualización de formaciones religiosas enfrentadas al canon tradicional.

En nuestra ciudad, este tipo de planteos generaron la renuncia de treinta sacerdotes y la posterior reacción de los sectores más ortodoxos de la Iglesia, quienes pusieron en circulación TFP, una publicación que funcionaba como un vademécum de tipo moral ante los corrimientos promovidos en materia religiosa. En su número extraordinario de junio/julio de 1969, TFP aborda el conflicto de los sacerdotes renunciantes, denunciando a través de textos e imágenes el “anti-dogmatismo” de quienes se identificaban con el “estilo de la Nueva Iglesia” y se apartaban de la doctrina canónica con un afán progresista. En sus páginas se ofrecen testimonios escritos y fotografías que operan como la ejemplificación visual del virtuosismo católico, mientras que la óptica pedagógica de su prédica compone un escenario que atraviesa el campo religioso y mantiene un diálogo mudo con otras discursividades de la época, como las visiones propagadas por los diarios La Capital y La Tribuna o la revista Boom.

El tratamiento de este corpus, analizado en su dimensión testimonial y como dispositivo productor de sentido, deja leer las huellas de aquel momento problemático. Las tensiones, aquí, se juegan en el plano simbólico, encontrando en los textos e imágenes publicadas los espacios donde operan mecanismos de denuncia o de argumentación sólo identificables por las condiciones históricas en la cual se producen.

El uso de la fotografía tuvo una función estratégica tanto para TFP como para el mencionado magazine Boom. En el tratamiento que ambas publicaciones le dan a las imágenes, son evidentes los procedimientos de composición y selección, estableciendo una construcción particular del mundo fotografiado en el que se reconocen diversos códigos y mecanismos de significación. En el caso de TFP el uso de las imágenes pretenden ser una ejemplificación visual del virtuosismo católico: refuerzan las denuncias escritas a través de fotografías ejemplares y ejemplarizantes, desde una óptica denunciante pero también pedagógica, señalando los comportamientos que se apartaban de la doctrina y proponiendo la representación visual del “deber ser” religioso.

Por su lado, la línea editorial desplegada por Boom deja ver un claro posicionamiento a favor de los sacerdotes renunciantes. En su tratamiento de las imágenes fotográficas busca representar, de modo más bien elíptico, a esa Iglesia que debía ser transformada. Los retratos de los “curas guerrilleros” o de los prelados en poses desacralizadas revalorizan el gesto de una Iglesia mundana e ideológicamente comprometida con la realidad social de su tiempo. La coyuntura rosarina marca el posicionamiento de la publicación, atenta a la transformación del campo religioso y en contraposición al virtuosismo a-histórico que pregonan los cultores de la ortodoxia religiosa.

Por otra parte, nos interesa mencionar el trabajo que hemos realizado sobre Setecientosmonos, publicación cuyos 10 números aparecieron entre 1964 y 1967. El énfasis inicial de la misma estuvo puesto en la publicación de piezas literarias y el compromiso asumido, desde la literatura, con las causas populares latinoamericanas; mientras que sobre el final del período hizo hincapié en la nueva crítica literaria. El trasfondo de dichos posicionamientos siempre estuvo marcado por los debates de la época acerca del rol que cabía esperar de los intelectuales, entre los que se ubicaban los participantes de este proyecto editorial.

Con un origen ligado a la apuesta juvenil ideada por Juan Carlos Martini, Carlos Schork, Omar Pérez Cantón y Rubén Radeff, y la decisiva incorporación de Nicolás Rosa a partir de su número doble 3/4, la revista transita por tres etapas diferentes. La primera de ellas está marcada por la imprevisión, la impresión mimeografiada y el propósito de difundir las producciones literarias del círculo de amigos y conocidos. Un segundo momento reconoce la problematización del cruce entre literatura y política. Finalmente, la última etapa muestra un giro crítico que, sin alejarse de las tensiones intelectuales del momento, deja planteado que la relación entre los escritores y la realidad circundante debe jugarse en términos de una “política de la literatura”, tal la definición de Di Crosta (en Aguirre y Di Crosta, 2012: 37). En

tal sentido, el foco de esta una nueva crítica aparece influenciada por la sociología marxista, el psicoanálisis, el existencialismo y la antropología estructural.

El ejemplar número 5, mientras tanto, había testificado un compromiso más directo con los hechos políticos de la época. Allí publican, en ocasión de la invasión norteamericana a Santo Domingo, El suplemento “Testimonios”, develando en el nombre mismo la actitud tomada ante el conflicto: ser testigos de de una situación que no podía pasarse por alto:

“(...) consideramos imprescindible, la integración absoluta del escritor con su época (una época que lo está condicionando y limitando, una época que de alguna manera lo está enajenando) y con su tiempo, asumiendo la responsabilidad intransferible de militar con sus medios de comunicación y de trabajo, en la causa de una libertad auténtica y sin máscaras” (Suplemento Testimonios, 1965: 1).

Varias cuestiones resuenan en estacita. En primer lugar, la imagen del intelectual contestatario asociado a la moral del compromiso; una concepción que hacía que propia función cultural aparezca íntimamente ligada a la suerte del resto de la comunidad. Todo ello desde un lugar mediático que se situaba al margen de las instituciones, dotado de una suerte de movilidad intelectual propia y una proyección amplia de su lectorado. La instrumentalización de estos espacios editoriales refiere así a la posición asumida ante una realidad que los “trasciende” pero los define como intelectuales comprometidos con las causas de los pueblos latinoamericanos. El medio aparece aquí, parafraseando a Charaudeau, como la expresión de un posicionamiento que, a su manera, busca testificar las injusticias que se comenten en la propia época, ofreciendo una “parcela ampliada, simplificada o estereotipada del mundo” (Charaudeau, 2003:15). Para eso ponen en funcionamiento diversos mecanismos significantes, apelando a los saberes de la coyuntura, al dispositivo que les sirve de “instrumento” y la escena comunicativa de la que forman parte.

En este sentido, Setecientosmonos, TFP y el resto de las publicaciones analizadas remiten a una definición clásica y amplia de los medios, siendo que son una estructura socialmente instituida de comunicación y, por extensión, el soporte mismo de esa estructura (Barbier y BerthoLavenir, 1999). En ello se sostiene su función de conservación y la posibilidad de observar la renovación de las prácticas culturales y políticas y el universo de ideas que nos lega ese pasado. Como planteara Didi-Huberman, el archivo arde, y en la fulgurante reaparición de esos restos aparecen las huellas de una historia (de las ideas) que se resiste a ser cristalizada.

Referencias bibliográficas

Aguirre, O. y Di Crosta, G. (eds.) (2012). *Setecientosmonos*. Antología. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Barbier, F. y BerthoLavenir, C. (1999). *Historia de los medios. De Diderot a Internet*. Buenos Aires: Colihue.

Berón, C. (2001). "Boom. Historia de un boom editorial", en AA.VV. *Historia de revistas argentinas*, tomo IV. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas. pp. 9-50.

Bloch, M (1952). *Introducción a la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bonaudo, M. (dir.) (2005). *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario (1850-1930)*. Rosario: Prohistoria.

Borrat, H. (1989). "El periódico, actor del sistema político", en *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, N° 12, pp. 67-80

Charaudeau, P. (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social. Barcelona*: Gedisa.

Cossia, L., Busso, M. y Moscatelli, M. (2012). "En busca del dogma perdido. La revista Tradición, Familia, Propiedad: un testimonio fotográfico de la "subversión" en la Iglesia (1969)", en Martínez de Aguirre, E., *Visualidades infinitas: miradas y dilemas de los lenguajes expresivos*. (Ebook). Rosario, UNR Editora, 2012. ISBN 978-987-702-005-2, pp. 110-122. Disponible en <<http://es.scribd.com/doc/149911802/visualidas-1>>

Darnton, R. (2003). *El coloquio de los lectores. Ensayo sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo de Cultura Económica.

Didi-Huberman, G. (2004). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Barcelona: Paidós.

_____ (2007). "Das Archivbrennt", en Georges Didi-Huberman y Knut Ebeling (eds.), *Das Archivbrennt*. Berlin: Kadmos, pp. 7-32. (Traducción de Juan Antonio Ennis para uso de la cátedra de Filología Hispánica de la Universidad Nacional de La Plata). Disponible en <<http://filologiaunlp.files.wordpress.com/2012/05/el-archivo-arde1.pdf>>, recuperado el 14/10/2013.

Eisenstein, E. (1994). *La Revolución de la Imprenta en la Edad Moderna Europea*. Madrid: Akal.

Foucault, M. (2001). *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.

Gerbaudo, A. (2010). "Archivos de tela, celuloide y papel. Instancias del arte y de una teoría en (des)construcción", en *Telar* N° 7-8, Tucumán (Argentina), pp. 31-49.

Gilman, C. (2012). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ginzburg, C. (2008). *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Barcelona: Gedisa.

Huysen, A. (2001). "Pretéritos presentes: medios, política y amnesia", en *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid- Buenos Aires: Siglo XXI.

Murguía, E. (2011). "Archivo, memoria e historia. Cruzamientos y abordajes", en Íconos N° 41, Quito (Ecuador), pp. 17-37.

Nora, P. (2008). "Entre memoria e historia. La problemática de los lugares", en Nora, P., Pierre Nora en *Les lieux de mémoire*. Montevideo: Trilce. pp. 19-39.

Szir, S. (2009). "Entre el arte y la cultura masiva. Las ilustraciones de la ficción literaria en Caras y Caretas (1898-1908)", en Laura Malosetti Costa y Marcela Gené (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa. pp. 109-139.

Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Traversa, O. (1997). *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Barcelona: Gedisa.

Verón, E. (2001). *Papeles en el tiempo*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2007). *El cuerpo de las imágenes*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

_____ (2013). *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.

Wasserman, F. (2009). "La libertad de imprenta y sus límites: prensa y poder político en el Estado de Buenos Aires durante la década de 1850", en *AlmanackBraziliense*, Sao Paulo, N° 10. pp. 130-146.